

ARTE Y FIESTAS

Cualquier manifestación del ocio cabe en unas fiestas. Tal vez, en la actualidad, son una gran acumulación de ocio programado en un corto espacio de tiempo, quedando desproporcionadas estas actividades respecto a las que se refieren a la razón de ser de las mismas, generalmente de origen religioso. En todo caso esa es la realidad que impera aquí y en nuestro entorno. El nivel económico y de bienestar social de estos años está creando una especie de reto peligroso al encarrilarse por la forma del cada día más en cantidad y novedad. Pero justo ese bienestar social en que nos movemos y miramos podría justificar la no necesidad de unas fiestas anuales tan pretenciosas y costosas, ya que ahora no llegan éstas tras la privación o ausencia de disfrute durante el resto del año.

El caso es que estas Fiestas de Vila-real llegan cargadas de posibilidades de poco a muy festivas, entendiendo este término como grado de transgresión de la norma cotidiana.

Hace años que en los eclécticos y variopintos Programas de Fiestas Patronales se incluye entre los primeros actos, como parte de las mismas, la inauguración de exposiciones de arte. Ahora constituyen ya una relación bastante amplia, que sobrepasa la decena de espacios o salas con un contenido de peculiar pluralidad.

Como pasa en las otras actividades, las exposiciones de arte tienen su propio signifi-

cado, que se traslada a la fiesta y a la vez la propia fiesta las impregna de su humedad intensa, efímera, popular y masiva, por un lado y de otra dimensión, creo que de menor calado o significación artística que cuando se realizan en el tiempo ordinario, por otro. Necesitan del sosiego y puede que constituyan el poco sosiego encontrable entre la intensidad festiva. Desde luego, como parte de la fiesta nacen y mueren con ella, salvo contadas excepciones.

El arraigo es incuestionable en estos momentos. Para el ciudadano constituyen algo esperado, aceptado y valorado. Para los artistas constituye una ocasión de intención diversa, que requiere todo un proceso, a veces nada fácil, para lograr exponer en esos días. Algunos de ellos están asociados a la fiesta, por su reiteración anual, constituyendo una especie de rol o personaje dentro de ella.

Este ciclo, junto a la compra de las obras, va conformando una educación del espectador, que afronta la pluralidad de cada año con una óptica pasiva y conservadora, de manera que toma como referente lo que viene viendo anteriormente, otros años, y deja a distancia lo nuevo hasta que, tras cierto tiempo, lo va aceptando y lo deja como clásico en su concepto artístico.

Tal vez, el fenómeno que más me llama la atención es éste y, sobre todo, si lo relacionamos o lo vemos desde lo que significa Vila-real en algunos campos económico-sociales, como puede ser la cerámica, después de todo producción de algo que estriba su éxito en la vanguardia, novedad o avanzadilla en todas las variables que intervienen en su logro.

El divorcio entre la actitud puntera, renovadora, investigadora y vanguardista que se lleva a cabo de manera encomiable en el mundo de la cerámica y las preferencias por un tipo de arte que ya se hizo hace siglos o décadas es patente. Lo digo sin crítica a ningún sector afectado, simplemente lo constato y me pregunto por esta dualidad divergente.

Como hipótesis explicativa puede ser contestada, pero correré ese riesgo. Creo que la vanguardia cerámica que representa Vila-real está cerrada al propio micromundo de la producción de revestimientos, como economía

que no se expande más allá del poder crematístico o material.

Las posibilidades materiales del ser humano le llevan a otras áreas y cotas de forma natural y que tienen que ver mucho con su tiempo. Por lo que sea, aquí se produce una especie de no sincronización, que establece una sociedad heterocrónica en su desarrollo y, a la larga, dependiente de otros, siempre del mundo de las ideas, de la cultura, de la creatividad, si no es joven y avanzada en todo. Esta vinculación se ha de dar entre coetáneos y próximos geográficamente, como partes diferentes que se completan, para tener armonía y capacidad.

Tal vez el ciclo que ha recorrido cada nueva burguesía que ha aparecido en la Historia contenía, como ostentación de clase, el ejercicio de la posesión y encargo de obras de arte, del arte que se hacía en su propio tiempo. Hoy tal vez tenemos una vida más pragmatizada y que nos regala incesantemente con comodidades inusitadas, para el cuerpo especialmente. Para qué más ¿o sí? Tras la respuesta personal hay todo un mundo u otro mundo.

Esta situación es fácilmente observable en su traducción decorativa, artística y urbanística de nuestro pueblo. Miremos la buena organización urbana, al día siempre en semáforos, rotondas, señalización y lo fría y paupérrima en decoración y equipamiento artístico que está. Y en las empresas, sólo en algunas, veremos alguna estancia de relación comercial con el exterior realizadas en materiales costosos sobre las que a veces hay algún cuadro y, sobre todo, láminas.

Así, por un lado, se crea una especie de ciclo que se alimenta a sí mismo. Se hace el arte que se compra y se compra el arte que se hace. Ahí podemos encontrar desde honestos artistas, que cada año evolucionan positivamente y hasta artesanos reiteradores de motivos hasta la saciedad, donde la involución es notoria. Por otro lado también está esa vanguardia, esos artistas que indagan, que están en su tiempo, que hacen lo que creen y que, no lo dude nadie, una sociedad como la nuestra debe beber y mirarse en ellos por su propio futuro.

MARCELO DÍAZ



PINTURA DE LLORENS BORT



ESCULTURA DE RICARDO GIL